

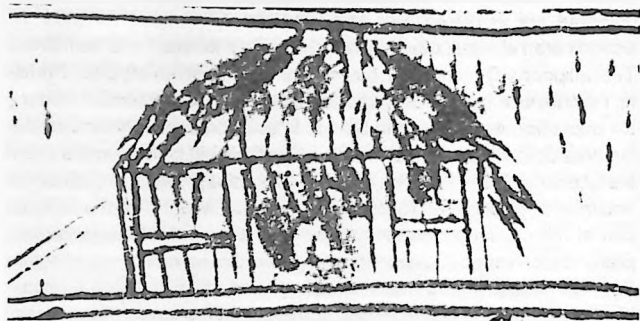
LOS PRESAGIOS DE LA CAIDA DEL IMPERIO AZTECA*

Michel Graulich

Si creemos a las antiguas fuentes, pocos acontecimientos extraordinarios fueron tan anunciados como la caída del imperio azteca.¹ Las profecías, los signos y los anuncios hechos por apariciones abundaron —al menos después de la caída— pues la inmensa mayoría de nuestras fuentes concernientes a los aztecas datan de después de 1530, es decir más de diez años después del arribo de los españoles. Esto no significa, sin embargo, que haya que refutar en bloque la autenticidad de todos los presagios, una veintena de años corrió entre el descubrimiento de América y el de México, y en este lapso Colón encontró mayas, náufragos españoles encallaron en Yucatán y los indios de las Antillas fueron víctimas de cataclismos sin nombre. Ecos de estos sucesos debieron penetrar hasta el México central y ahí crear sentimientos de angustia que hicieron interpretar los fenómenos naturales y visiones de espanto como anuncios de catástrofes.

* Este artículo fue publicado originalmente como "Les signes avant-coureurs de la chute de l'Empire Azteque" en *Apparitions et miracles*, editado por Alain Dierkens, Université Institut d'étude des religions et de laicité, Editions de l'université de Bruxelles, Bruselas, 1991, pp. 139-149.

¹ En mi conocimiento, las profecías de la caída del imperio azteca no han sido nunca objeto de un estudio particular. En su edición de Tezozómoc (infra nota 14) Orozco y Berra les consagra largas notas en las cuales enumera paralelismos con el Viejo Mundo. Todorov les consagra tres páginas en *Récits aztèques de conquête*, textos seleccionados y presentados por Georges Baudot y Tzvetan Todorov, traducidos del náhuatl por Georges Baudot y del español por P. Córdoba, editorial Seuil, París, 1983, pp. 366-9. Sobre el contexto general, ver por ejemplo la obra muy notable de Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique, La question de l'autre*, editorial Seuil, París, 1982.



Burdamente podemos discernir dos grupos de signos: aquellos de influencia española, edificantes o destinados a justificar la Conquista; y los de origen azteca, simplemente anunciadores, o que buscan explicar la derrota, pero tendientes, en uno y otro caso, a rechazar lo totalmente nuevo, a presentarlo como previsto y esperado en la concepción cíclica de la historia.² A esto se agrega, al menos, un "anuncio" mixto, el más conocido, el del "retorno" de Quetzalcóatl.

Se sabe que Cortés había sido tomado por el dios Quetzalcóatl. Ciertas fuentes describen la famosa Serpiente Emplumada como a un personaje blanco y barbado quien habría venido a predicar una nueva religión y prohibir los sacrificios humanos. Habría civilizado a los toltecas y habría sido su rey en Tollán. Cazado por la reacción personificada, por el nocturno Tezcatlipoca, él habría huido hacia el Este y se habría embarcado en la costa del Golfo después de haber anunciado su regreso triunfal a los suyos.³

² Acerca de esta negativa del todo nueva, véase Tzvetan Todorov en *Récits...*, p. 367.

³ Relatos españoles sobre Quetzalcóatl: por ejemplo, Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, texto establecido por Angel María Garibay K., 2 volúmenes, editorial Porrúa, México, 1967, tomo I, pp. 9-15; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, 2 volúmenes, editorial Atlas, colección Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1971, tomo I, pp. 137-46. Todos los textos relativos a Quetzalcóatl y a los toltecas están reunidos y analizados por Michel Graulich, *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollán*, Instituut voor Amerikanistiek, Antvers, 1988.

Hoy sabemos que Quetzalcóatl no fue ni blanco ni barbado, que no fue un reformador religioso, que no anunció su regreso y aun que jamás existió más que en el imaginario mítico de los mesoamericanos. Fueron los intereses conjuntos de los españoles y de los indios los que le dieron un aspecto más o menos pronunciado de misionero occidental, ya fuera para reclamar su herencia y justificar el nuevo poderío, ya fuera para presentarse como cristianos de vieja cepa y desde hace mucho dignos de consideración.⁴ ¿Es necesario por lo tanto negar que Moctezuma haya visto en la llegada de Cortés el retorno de Quetzalcóatl, es necesario, como se hace a veces, no ver ahí más que una hábil falsificación del conquistador?⁵ Yo no lo creo. Para los indios diferentes edades del mundo o soles se habían sucedido, y el presente era el quinto. Por otro lado estas



edades eran el resultado de una lucha constante entre dos hermanos, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, quienes se alternaban en el poder. Primero Tezcatlipoca fue sol, después Quetzalcóatl lo cazó y tomó su lugar y así sucesivamente. El cuarto Sol era la edad presente para los predecesores de los aztecas. Pertenecía a Quetzalcóatl quien reinaba sobre los toltecas en Tula—entendamos que era su dios protector, aquel que los encarnaba, y que en el plano astral era su sol. Aquí la historia se junta con el mito. Cuando los aztecas se apoderaron del México central, pretendieron ver en su advenimiento el alba de una nueva era, el quinto Sol. Se cuenta cómo Tezcatlipoca y uno de sus lugartenientes, Huitzilopochtli, ficticio dios de México, llegaron a embriagarse en Quetzalcóatl al punto que pasó la noche con su hermana y debió dejar Tula. Partió hacia el Este y llegado a la costa se embarcó o ardió para transformarse en estrella de la mañana, anunciadora de una nueva era. En la religión azteca, Quetzalcóatl fue resueltamente relegado a último término en beneficio del nuevo sol, Huitzilopochtli-Tezcatlipoca.

Nada más asombroso, en estas condiciones, que el hecho de que Moctezuma haya tomado a Cortés por Quetzalcóatl. Los rumores que habían llegado hasta él y la ansiedad del ambiente debieron hacerlo temer por la declinación de la era azteca y el advenimiento de un sexto sol—edad que en función del principio de alternancia no podía pertenecer más que a Quetzalcóatl. La apariencia sobrenatural de los recién llegados, el hecho de que desembarcaran por el Este, en la costa del Golfo, y en fin, el hecho de que llegaran en un año Uno Caña,

aniversario del nacimiento de Quetzalcóatl, debieron de acabar de convencerlo.⁶

Pasemos ahora a las predicciones en las cuales la influencia española es preponderante. Cervantes de Salazar, sacerdote y profesor de retórica en la Universidad de México, recibió el encargo del Consejo Municipal de México de escribir una historia de la Conquista. Se trata de una obra de propaganda a la gloria de los conquistadores y las profecías que el refiere lo resienten. Según él, un viejo sacerdote de Huitzilopochtli anunció al morir la llegada proveniente del Occidente (sic), de hombres de largas barbas “de entre los cuales, uno sólo valdría más que cien de ustedes”. Ellos vencerían y desde entonces no habría más que un solo dios y los indios serían liberados del yugo de los caciques “que los oprimen tanto”. Apenas hubo acabado de hablar se escuchó al demonio decirle: “eso es suficiente, vete, yo me voy también”. El sacerdote expiró y el demonio, a su lado, se preparó para dejar esta tierra donde había reinado como maestro absoluto, para huir delante de los soldados de Cristo...⁷

La “opresión de los caciques” se traducían particularmente en la exigencia regular de víctimas humanas para inmolarse. Por otro lado,

⁴ Acerca del carácter místico de Quetzalcóatl, ver Eduard Seler, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*, 5 volúmenes, editorial A. Asher y Co., Berlín, 1902-1923, tomo IV, pp. 341-61; Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, serie de Cultura Náhuatl, monografía 15, UNAM, México, 1971; Graulich, *op. cit.*; Susan D. Gillespie, *The Aztec Kings, The Construction of Rulership in Mexico History*, The University Arizona Press, Tucson, 1989.

⁵ Henry Raup Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, Cortés Society, Los Angeles, 1944; Victor Frankl, “Die Cartas de Relación des Hernán Cortés und der Mythos der Wiederkehr des Quetzalcoatl”, en *ADEVA Mitteilungen*, número 10, 1966, pp. 7-17; J. H. Elliott, “The Mental World of Hernán Cortés”, en *Transactions of the Royal Historical Society*, quinta serie, número 17, 1967, pp. 41-58; Arturo Solomayor, *Cortés según Cortés*, editorial Extemporáneos, México, 1979, p. 129; Gillespie, *op. cit.*

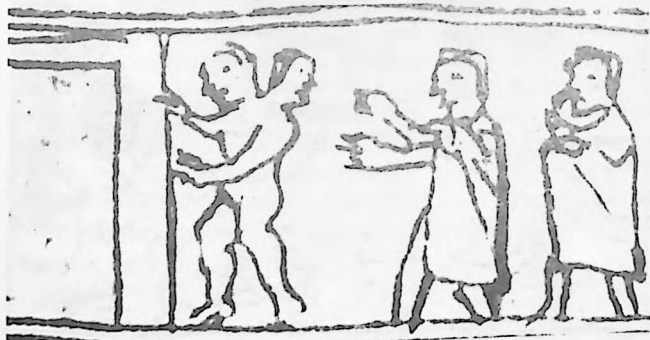
⁶ Graulich, *op. cit.*, y “Montezuma et le souvenir de Tollan, ou la remémoration inévitable”, en *La commémoration. Colloque de centenaire de la section des sciences religieuses de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes*, Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes, Sciences Religieuses, volumen XCI, Peeters, Louvain-Paris, 1988, pp. 287-98.

⁷ Cervantes de Salazar, *op. cit.*, tomo I, p. 147.

poco antes de la conquista, un prisionero retenido en Tlatelolco para ser sacrificado, vio venir hacia él un "pájaro del cielo" —se supo más tarde que era un ángel— que le dijo: "ten valor y confianza; no tengas miedo, pues el dios del cielo tendrá piedad de ti y di a aquellos que ahora sacrifican y derraman sangre que muy pronto los sacrificios y el derramamiento de sangre cesarán y que ya llegan aquellos que deben mandar y llegar a ser señores de esta tierra". El indio, concluye el relato, murió invocando al dios del cielo.⁹

Los indios estaban directamente invitados a convertirse, comenzando, según métodos probados, por el sometimiento de la jerarquía. Papatzin, hermana de Moctezuma, murió en 1509 a consecuencia de una enfermedad. Fue enterrada en una gruta situada en el jardín de su palacio de Tlatelolco. Al día siguiente de sus funerales que tuvieron lugar en presencia de toda la nobleza de la región, ella resucitó, apartó la pesada piedra que cerraba su sepulcro y se instaló en los escalones de un estanque donde ella esperaba ser reconocida. Estupor, idas y venidas diversas; finalmente su imperial hermano vino a verla. Ella le contó cómo, después de su muerte, se había encontrado en una planicie inmensa atravesada por un río. Mientras ella se preparaba para atravesar la corriente de agua a nado, fue retenida por un joven alado, vestido de blanco, brillante como el sol y con una cruz marcada en la frente. Le anunció que un dios que ella no conocía la amaba mucho. Después ella tuvo visiones extrañas. Vio, particularmente, río arri-

⁹ Fray Toribio de Benavente, llamado Motolinía, *Memoriales e Historia de los Indios de la Nueva España*, editorial Atlas, colección Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1970, p. 83.



ba, grandes barcos poblados de hombres blancos y barbudos. El ángel le explicó, entre otras cosas, que esas gentes imperarían en su país y le darían el conocimiento del verdadero dios y que Papa debía ser la primera en hacerse bautizar. Tal fue, parece, efectivamente el caso. Al menos en Tlatelolco.⁹ Sin embargo, la princesa en cuestión no es conocida en otra parte. Su tumba, su resurrección, el ángel, son evidentemente de inspiración evangélica y sólo su descripción del más allá como una planicie infinita atravesada por un curso de agua, parece auténticamente indígena.

Las profecías de inspiración española anuncian pues los beneficios por venir para los indios: conversión a la verdadera fe y salud de las almas, liberación del régimen tiránico de los soberanos aztecas y extirpación de los abominables sacrificios humanos. Estos son los temas constantes por los cuales los españoles se convencen a sí mismos y tratan de persuadir a los indios, aliados o vencidos, de lo bien fundado de su empresa. Los aztecas tendrían por lo tanto más desgracias al negar el mejoramiento de su condición, que les era anunciado por sus propios conciudadanos y aun por representantes de todas las capas de la población: un esclavo en instancias de inmolación, un sacerdote, una princesa y, lo veremos en un instante, el buen pueblo, representado por los padres de familia...

El mejoramiento se traduce igualmente en un alza del nivel de vida y la paz general. Muy revelador a este respecto es un texto de fray Gerónimo Mendieta¹⁰ que presenta, entre otros, el interés de aclararnos ciertas esperanzas que animaban a muchos misioneros. Desde generaciones, los indios se transmitían de padre a hijo una antigua profecía anunciando la llegada de individuos barbudos:

y cuando aquellos lleguen, todas las guerras cesarán, y el mundo entero se abrirá, y por todos lados se trazarán caminos para que los unos se comuniquen con los otros y que todo camine [...] entonces se venderá cacao en los mercados [...] y se venderán plumas preciosas, algodón y mantas, y otras cosas que en aquella época eran escasas [...] por todos lados en el mundo habrá paz y amistad [...]. Y entonces nuestros dioses perecerán, y no habrá más que uno en el mundo y nosotros no tendremos más que una mujer.

A un azteca acomodado, la visión tenía que inquietarlo. "Ah ¿qué será de nosotros?" Se pregunta con angustia el narrador indio a guisa de conclusión. En cambio, para un monje europeo era una visión idílica. Claro que no corresponde en parte a la sociedad colonial, pero en cambio transparenta la esperanza milenarista que animaba a Mendieta. Si él habla en efecto de paz universal y de mono-

⁹ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, publicada por y con una introducción de Miguel León Portilla, tres volúmenes, Editorial Porrúa, México, 1969, tomo I, pp. 236-9.

¹⁰ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, cuatro volúmenes, editorial Salvador Chávez Hayhoe, México, 1945, tomo II, pp. 18-9.

teísmo general, es porque, como otros franciscanos, esperaba todavía crear con los indios el paraíso terrenal, en preludio al advenimiento del reino de mil años.¹¹

Del lado indio, signos de todo tipo abundan en las crónicas: advertencias, premoniciones, cometas, piedras que caen del cielo, guerreros batiéndose en los aires, luces insólitas en la noche, aparición de monstruos... parecidos a aquellos que en iguales circunstancias aparecieron en otros lugares del mundo,¹² son menos claras a primera vista, que los que acabamos de examinar. Sin embargo, a pesar de su aparente vulgaridad, están mejor estructurados todavía y más íntimamente ligados a las concepciones aztecas del mundo y de la historia.

Es imposible enumerarlos todos, pero podemos abordarlos por una pequeña lista muy esquemática, casi canónica, de ocho presagios, hecha en náhuatl después de 1550, para el monje Bernardino de Sahagún.¹³

1. Hubo, primero, en 1509, la aparición hacia el Este, de una especie de pirámide de llamas, "como una aurora" que alumbraba como pleno día. Su punta iba "hasta el centro del cielo, hasta el corazón del cielo". Nació a media noche y se borraba al elevarse el sol.¹⁴

2. Después, el templo de Huitzilopochtli ardió espontáneamente sin que se pudieran apagar las llamas.¹⁵

3. El templo del dios del fuego fue golpeado por el rayo cuando sólo lloviznaba ligeramente.

4. En pleno día aún, un gran cometa, dividido en tres partes, atravesó el cielo de oeste a este.

5. En tiempos de perfecta calma, el agua de la laguna de México empezó a hervir, hasta el grado de inundar la ciudad.¹⁶

¹¹ John L. Phelan, *El reino milenar de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, texto traducido del inglés por J. Vázquez de Knauth, Instituto de Investigaciones Históricas, serie de Historia Novohispana número 2, UNAM, México, 1972; Georges Baudot, *Utopie et histoire au Mexique, les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*, editorial Privat, Toulouse, 1977.

¹² Acerca de los signos anunciando la calda de Jerusalem: Flavio Josefo VI, 31.

¹³ Eduard Selser, *Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des Fray Bernardino de Sahagún*, editorial Strecker und Schröder, Stuttgart, 1927, pp. 353-6; Baudot y Todorov, *Récits...*, pp. 49-51; retomado como ejemplo a fines del siglo XVI por Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, texto establecido y anotado por A. Chavero, Secretaría de Fomento, México, 1982, pp. 167-72.

¹⁴ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana precedida del Códice Ramírez*, texto establecido y comentario por M. Orozco y Berra, Ireneo Paz, México, 1879, p. 653; Torquemada, *op. cit.*, tomo I, p. 233; el fenómeno se señala desde el año 1530 en "La historia de los mexicanos por sus pinturas", en *Teogonía e historia de los mexicanos, tres opúsculos del siglo XVI*, texto establecido por Angel María Garibay K., editorial Porrúa, México, 1965, pp. 62-3; también en Motolinía, *op. cit.*, p. 83; *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, texto azteca traducido por Primo Feliciano Velázquez, UNAM, México, 1945, p. 60, y en diferentes códices figurativos, algunos de los cuales son verdaderamente copias de originales precolombinos perdidos ("Codex Aubin; Codex Mexicanus 23-4; Codex Telleriano-Remensis", *Antigüedades de México basadas en la recopilación de Lord Kingsborough*, facsimilar comentado por José Corona Núñez, volumen I, México, 1964, los tres en la Biblioteca Nacional de París). Para Jaques Soustelle, *La vie quotidienne des Aztèques a la veille de la conquête espagnole*, colección La vie quoti-dienne, Hachette, Paris, 1955, p. 142, se trata posiblemente de la luz zodiacal.

¹⁵ Torquemada, *op. cit.*, tomo I, p. 233; según "La historia...", p. 62, el templo de Quetzalcoatl fue golpeado por el rayo y ardió en 1504, pero el incidente no es interpretado como un presagio.

¹⁶ Torquemada, *op. cit.*, tomo I, p. 233. el acontecimiento está fechado en 1499 y corresponde a la inundación ya conocida provocada por el nuevo acueducto del emperador Ahuizotl.

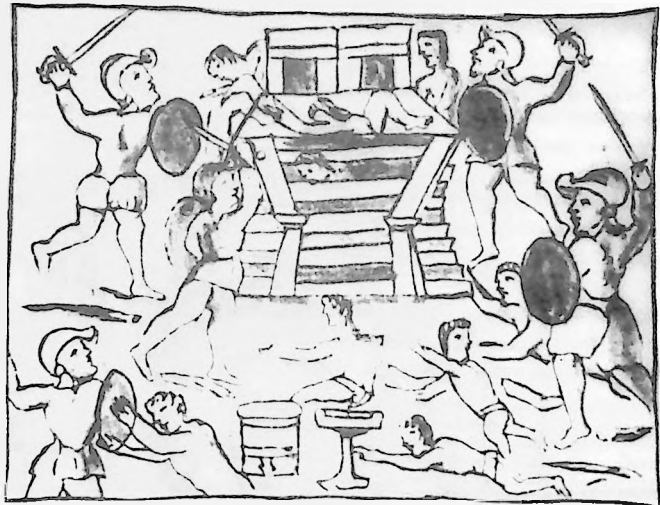
6. En la noche, una mujer gemía, diciendo: "mis muy queridos hijos, he aquí ya nuestra partida [...] ¿a dónde os conduciré?"

7. Pescadores capturaron en una red, una extraña grulla ceniza provista de un espejo en la cabeza en el cual se veía la noche estrellada. Le mostraron el animal a Moctezuma. A medio día exactamente, vio en el espejo las estrellas, después una multitud de guerreros que acudían montados en venados.¹⁷

8. Seguido aparecían monstruos, hermanos siameses. Se le mostraban al Emperador y después desaparecían.

La serie no está construida al azar. Se articula sobre el sistema dualista característico del pensamiento azteca que opone lo que es masculino, celeste, ígneo, activo, ligero, solar, luminoso... a lo femenino, terrestre, acuoso, pasivo, pesado, lunar y obscuro. En efecto, los cuatro primeros presagios son de origen celeste, salvo posiblemente la combustión espontánea del templo de Huitzilopochtli, aunque el fuego sea por excelencia ligero y pertenezca al cielo. El primero y el cuarto son menos precisos y concretos que el segundo y el tercero. Estos son los que hacen directamente alusión a una derrota militar. Cuando una ciudad era tomada, su templo principal era incendiado. El edificio en llamas era el signo

¹⁷ Según Torquemada, *op. cit.*, tomo I, p. 233 ss.; cuando el sol se pone es el momento en que se muestra el ave a Moctezuma. El autor copia a Mendieta, *op. cit.*, tomo II, p. 18.



mismo —y el glifo— de la Conquista. Por otro lado la aparición de un cometa señalaba la muerte de un rey, una guerra o una hambruna.¹⁸

Los cuatro signos siguientes son de origen terrestre, salvo posiblemente el pájaro, aunque haya sido capturado en la laguna. La tierra está asociada a lo femenino y al elemento líquido, vemos en esta serie intervenir a una mujer, igual que a la laguna. Una mujer que se lamenta en la noche: pensamos en la diosa ctónica Cihuacóatl, "Serpiente hembra", la guerrera, que los indios describían como "una bestia salvaje, un mal presagio", que "en la noche se paseaba llorando y lamentándose; era también un presagio de guerra".¹⁹ Ella no engendraba, parece, más que gemelos²⁰ (*cocoa*, serpientes, en náhuatl). Esto era considerado como de muy mal augurio y era necesario matar a uno de los dos si se quería evitar que devoraran a sus padres. El nombre de Quetzalcóatl podía también significar "gemelo precioso", los monstruos que aparecían en el octavo presagio hacen posiblemente alusión a Quetzalcóatl que vendrá, de alguna forma, a devorar a los suyos. Resaltemos por otro lado que, como en la serie precedente, el primero y el último presagios son menos explícitos que aquellos a los que enmarcan.

Signos celestes y signos terrestres, signos ígneos y signos acuáticos: signos pues de los contrarios y más precisamente de la guerra y de la unión de contrarios cuyo símbolo era el glifo *atl-tlachinolli*, "agua-incendio", formado de olas de fuego entrelazadas. Aquí la alusión a la guerra que devastará a México no puede ser más clara. Tomemos los *signos intermedios* que afectan directamente a la ciudad: sus templos arderán (primera serie), sus casas serán directamente destruidas por las aguas (segunda serie). El que estos signos deben ser entendidos así está demostrado por otras fuentes en las cuales Moctezuma hace interrogar a sus subditos acerca de eventuales sueños premonitorios. No se le refieren más que dos. Un viejecillo —un hombre, por lo tanto, del lado ígneo, celeste de las cosas y en el ocaso— vio arder el templo de Huitzilopochtli. Una vieja vio las olas llevarse el palacio del Emperador.²¹



La complementariedad entre la primera y la segunda series no se limita al caso que acabamos de examinar. Lo que concierne al primero y al último signos es también de lo más instructivo. Pero previamente, es necesario saber: primero, que una era se llamaba Sol porque se la comparaba con un día que comenzaba con un amanecer y terminaba con un crepúsculo; además día y noche se engendraban mutuamente. El sol nacía a media noche en un brasero, en el nadir; la noche nacía medio día en medio del cielo bajo la forma de un espejo de obsidiana, es decir de lava volcánica negra, pulida.

Por otro lado, ¿qué ven los aztecas? Partimos de lo más evidente, es decir en la serie "terrestre", la aparición de la grulla con el espejo. Es muy significativo que se presente la volátil a Moctezuma a medio día, precisamente a la hora en la que nace en el cielo el espejo negro. ¿No es desde luego evidente que lo que él ve ahí es la noche que va a caer sobre su imperio? Y por lo tanto las estrellas son rápidamente reemplazadas por guerreros montados que no pueden ser más que los españoles... los caballos, siendo desconocidos en la América antigua, fueron naturalmente descritos como venados.²²

Si la serie terrestre muestra la noche que acabará al sol azteca, la serie celeste en cambio muestra al día nuevo, sea la era nueva que comienza para los españoles desembarcando del lado del sol ascendente. El día nace a media noche: también es en ese momento cuando se ve aparecer, al este, esa luz parecida a la del día, ese cono brillante, cuya punta, la raíz, se sumerge en el corazón de la noche, equivalente al nadir. En suma, la sombra espejo de medio día y la luz de media noche están relacionadas y expresan sin ambigüedad la transición de una era a la otra que se prepara.

Cuando un sol llega a su fin y el astro que le da su nombre se pone, no es nada más que haya llegado el alba: ha llegado a parecerse

²² Este signo se acerca a aquel que menciona el *Códice Tudela*, edición facsimilar con un estudio de José Tudela de la Orden, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1980, folio 84 r: "todas las mananas al alba, un espejo humo negro salía de la tierra y obscurecía el sol." Un manuscrito figurativo precortesiano, el *Códex Fejérvary-Mayer*, folio 1, representa esta escena; el humo sale de la boca del dios de la muerte.

¹⁸ Sahagún, *Florentine Codex*, tomo II, p. 61

¹⁹ *Ibidem*, p. 11.

²⁰ Torquemada, *op. cit.*, tomo II, p. 61.

²¹ Tezozomoc, *op. cit.*, p. 682; Durán, *op. cit.*, tomo II, p. 500.

también, al viejo dios del fuego. Los mitos sobre el fin de la era tolteca lo dejan traslucir claramente, mientras que sobre la célebre Piedra del Sol, conservada en el Museo Nacional de Antropología e Historia de México, el poniente y el viejo dios del fuego figuran como dos aspectos de una misma realidad.²³ Esto debe explicar por qué son precisamente los templos de Huitzilopochtli —el sol azteca— y los del dios del fuego los que destruyen las llamas.

De la primera a la segunda serie, los signos se precisan. Lo hacen todavía mejor a medida que la intrusión de los españoles se hace más inminente como lo atestiguan otros acontecimientos premonitores que en adelante designan un culpable.

Moctezuma, que ante todo quería sobrepasar a sus predecesores ordenó hacer un nuevo *temalacatl*, una "rueda de piedra" gigantesca destinada a un tipo de sacrificio llamado "gladiatorio", porque la víctima podía, en ese caso, intentar defenderse. Los monumentos de este género tenían la forma de un cilindro aplanado y estaban adornados en su superficie superior con la imagen de un sol. Los canteros buscaron una piedra de bellas proporciones y encontraron una así en Acolco, en la provincia de Chalco. Una vez desbastada se preparaban para arrastrarla hasta México. De todas partes, acudieron faenas con cuerdas. Los sacerdotes incensaron la piedra, la cubrieron de papel y le sacrificaron codornices mientras que los cantores del templo, los bufones y los actores comenzaban a bailar y hacer cabriolas para abrirle camino y que diez o doce mil hombres tiraban de las cuerdas. La piedra no se movió. Moctezuma envió refuerzos y durante días se multiplicaron las tentativas. En vano, las cuerdas se rompieron sin el menor resultado. Finalmente una voz que salió de la piedra les dijo: "miserables y desgraciadas gentes, ¿por qué os obstináis en querer llevarme a la ciudad de México? Sepan que vuestros esfuerzos son vanos, que yo no debo llegar allá y además no tengo ganas, pero puesto que ustedes se empeñan tanto, jalen, yo iré hasta donde yo quiera para vuestra desgracia". A partir de ese momento se la pudo mover sin esfuerzo hasta Tlapitzahuayan. Allá se inmovilizó de nuevo y apostrofó a su cortejo: "pobres desgraciados, ¿por qué penan inútilmente, no les dije ya que no debía llegar a la ciudad de México? Caminen y vayan a decirle a Moctezuma que ya no hay tiempo. Pensó muy tarde en hacerme venir, debió haberse acordado de esto más temprano. En el presente yo no seré de ninguna utilidad allá pues es otra cosa la que ha sido determinada, por voluntad y decisión divina. Que no intente ir a su encuentro. ¿Por qué me levanta? ¿Para que mañana yo me encuentre allá tirada y despreciada? Y prevénzanlo de que se acabó su poder y su carga; que él verá y experimentará pronto lo que debe llegarle, porque él ha querido hacerse más grande que el dios mismo que ha

determinado esas cosas. Por eso déjenme, pues si yo continúo, será para vuestra desgracia". A pesar de estas advertencias Moctezuma continuó. Se llegó de nuevo a jalar la piedra sin dificultad y fue recogida con gran pompa a la entrada de la ciudad como para apaciguarla. Pero llegada al puente de madera de Xoloco, que atravesaba uno de los numerosos canales de la ciudad, rompió las vigas y desapareció en el agua, haciendo numerosas víctimas. Los buzos intentaron vanamente localizarla: no vieron en el fondo del agua más que un hoyo profundo que se hundía en las entrañas de la tierra. Poco después se le encontró en el lugar donde había estado antes.²⁴

Las piedras y las estatuas que rehusan moverse o que hablan son frecuentes en el Viejo Mundo también. Así, según Tito Livio, cuando Tarquino construía el templo de Júpiter sobre la colina Tarpeyana, la estatua del dios *Terme* se rehusó a dejar el lugar. Ahí vemos un presagio de la solidez y de la estabilidad del Estado romano.²⁵ En México mismo se contaba que los aztecas no llegaron a quitar una imagen de la Virgen que Cortés había situado en el Templo Mayor de México.²⁶ Probablemente esto es un signo de la solidez de la implantación de la fe nueva. Pero completamente diferente debe ser la explicación de la

²⁴ Durán, *op. cit.*, tomo II, pp. 485-9; Tezozómoc, *op. cit.*, pp. 662-6; el episodio de la piedra es también mencionado en el *Codex Tudela*, folio 84r, donde se contenta con gritar "se acabó".

²⁵ Tito Livio, *Historia de Roma*, tomo I, p. 55.

²⁶ Fray Luis de Cisneros, *Historia de Nuestra Señora de los Remedios*, México, 1621.



²³ Graulich, *Quetzalcoatl... y Two Masterpieces of Aztec Art: the Calendar Stone and the Teocalli of Sacred Warfare*, en prensa.



inmovilidad de la piedra de Moctezuma. Si se rehúsa a avanzar, es efectivamente, como ella lo dice, porque es demasiado tarde. Los recién llegados no tendrán que hacer con este género de piedras de sacrificios: ellos las humillarán y las tirarán. El tiempo de los viejos dioses se cumplió.

El objeto rebelado tenía un precedente notable, y es en un contexto similar, porque se trata también del fin de una era, la que precedió al Sol azteca. En la Tula de Quetzalcóatl, los toltecas vieron morir a un hombrecillo cuyo cadáver pestilente no lograron alejar pronto. A pesar de jalarlo por miles, las cuerdas se rompían y las personas se aplastaban y morían. En la circunstancia, el cadáver representaba la mancha de los toltecas, como lo indica claramente su peso extraordinario —mientras más pesado, más alejado está del cielo—, y su olor, el pecado, siendo designado claramente como “nuestra hediondez, nuestra pestilencia”.²⁷ ¿No podemos entonces imaginar que en la época en la que fueron redactadas sus aventuras, haya llegado a ser un símbolo de la ceguera de los aztecas y de sus crímenes, por lo tanto de su mancha?

El episodio es en todo caso apócrifo y los solos nombres de los lugares de partida y de llegada lo atestiguan hasta la saciedad. Acolco, “el lugar del hombro”, entendamos del meandro de un río, remite directamente al inframundo, donde corre un río con nueve afluentes. Uno de los epítetos del señor de los infiernos era además “el que está cerca del hombro” (*acol-nahuacatl*).²⁸ Este significado es corroborado por un hecho que no dejan de recoger las fuentes: Acolco se sitúa en la provincia de Chalco, cuyo nombre, “al borde del abismo”, remite también al mundo infernal. La piedra tan

pesada es, por así decirlo, de origen infernal y ella tomará prestada, por otro lado, una profunda vía subterránea para regresar a su punto de partida. Enseguida, vuelve a Xoloco, al “lugar de Xolotl”. Este dios de invocaciones múltiples estaba asociado, primero, a ciertos movimientos de vaivén, como el de moler sobre el mortero o el del juego de pelota. No es desde luego por casualidad que la piedra vuelve al Lugar de Xolotl. Además, Xolotl presidía las aberturas que conducían a las regiones infernales. Se le repre-

sentaba claramente como un perro —el animal que acompañaba al difunto al más allá— y estaba asimilado a la estrella de la noche que abría el paso del sol al inframundo. La piedra en suma se parece al astro que debe representar porque, nosotros lo hemos visto, por lo común ella adorna su imagen. Ella sale del inframundo, y luego, al término de su recorrido, ahí se sumerge: para ella como para el imperio azteca, el fin ha llegado.

No solamente la piedra significa que todo acabó, por otro lado ella lo expresa en términos no equívocos y hace a Moctezuma responsable: lo que le sucederá es por su propia “falta”, porque él quiso hacerse más grande que el dios. Desde el principio del episodio, se denunciaba el orgullo de este Emperador que quería siempre hacer las cosas mejor que sus predecesores. Otros dos episodios narrados enseguida de éste, en las mismas fuentes, confirman y precisan estas acusaciones.

Un día, un águila levantó por los aires a un trabajador de Coatepec y lo condujo a una espléndida sala debajo de una montaña elevada. Allí se encontraba un gran señor que le ofreció flores y un cigarro al hombre asombrado. Luego le mostró a Moctezuma dormido y dijo: “mira al miserable de Moctezuma, como esta allá, sin conocimiento, ebrio de soberbia y orgullo y desprecia a todo el mundo [...] Y si quieres ver cómo su soberbia lo tiene fuera de él, tócale el muslo con este cigarro encendido y verás como no siente nada”. El indio lo hizo y el Emperador no se movió. Después, su huésped le recomendó ir a contar a Moctezuma lo que había pasado. Como prueba le debía señalar la quemadura sobre su piel. “Y dile que él ha irritado al dios de la creación y él mismo ha buscado el mal que debe caerle encima y que se acabaron su poder y su soberbia [...]” El águila regresó al campesino para que fuera a contar todo a Moctezuma. Este recordó haber soñado que le quemaban la piel. Y encontró la marca dolorosa e hizo echar al hombre a una mazmorra.

Poco después el emperador decidió huir con Huemac, señor de un paraíso lujurioso del más allá, llamado Cinalco, la Casa del Maíz, o Cicalco, la Casa del Conejo. Esta elección no se debió al azar. Muestra cuán obsesionados estaban los aztecas, posiblemente antes y después de la caída de su imperio, con el mito del fin de los toltecas y del sol precedente. En Tula Huémac había sido el “virrey” de la solar Serpiente Emplumada y el representante de la luna y de las tinieblas. Después de la partida del dios, había reinado algún tiempo todavía, después partió con dirección a México. En Chapultepec entró a una gruta y ahí se ahorcó. Después llegó a ser señor de la gruta de Cinalco.

Por otro lado, presintiendo el fin de su era, Moctezuma buscó modelos en los relatos concernientes al fin de la era precedente. Los dos protagonistas de entonces, Quetzalcóatl y Huémac, habían debido huir:

²⁷ Sahagún, *Florentine Codex*, tomo VII, p. 13; tomo III, pp. 25-6, sobre el cadáver inamovible de Tollan.

²⁸ *Ibidem*, tomo III, p. 39.

era necesario entonces hacer lo mismo. ¡Pero no era cuestión de imitar a Quetzalcóatl! Primero, este dios partió hacia la costa del Golfo: pero era de ahí precisamente de donde venía el peligro. Y además, los invasores que acababan de inaugurar un nuevo sol no podían pertenecer más que a Quetzalcóatl... Moctezuma resolvió pues, desempeñar el papel *del otro* y pedir asilo a Huémac. Después de muchas negativas, este último terminó por fijarle una cita. Una noche, Moctezuma fue a su encuentro. Vio debajo de la colina de Chapultepec una caverna tan luminosa que se veía todo como en pleno día: era la entrada de Cinalco, parecida a la luna llena. Según otras fuentes esta aparición luminosa era Huémac en persona. Mientras tanto, un *ixiptla* o personificador de la divinidad fue despertado por una voz que le reveló la huida de Moctezuma y le ordenó hacerlo venir: el Emperador persiguió la voz, no podía en ningún caso escapar a la suerte que le había sido deparada. El *ixiptla* fue a encontrar al soberano cuando todavía era tiempo. Le reprochó su ligereza, le preguntó lo que pensarían los enemigos tradicionales. Apenado, Moctezuma regresó a su palacio.²⁹

Moctezuma no pudo huir: debió quedarse y sufrir su destino, pues era responsable de lo que le ocurría. El ambiente es claramente, acabamos de verlo, el del fin de una era, el modelo de la caída de Tula. Por otro lado, ¿por qué termina una era? ¿Por qué en el origen de los tiempos hay una expulsión del paraíso y el fin de la edad de oro? Porque, cada vez, hay una transgresión que vuelve a sumergir a la creación en la materia y lo terreno. En cada golpe, una falta es cometida, una falta de orgullo, porque de una manera o de otra —por ejemplo creando o procreando— él o los culpables buscan igualarse a la pareja creadora suprema. Si la era tolteca terminó, fue porque Quetzalcóatl se embriagó y se acostó con su hermana, acabando así de fusionarse con la materia que lo alejaba del cosmos. Desde entonces, si el Sol azteca se puso, se razonaba después de la Conquista, porque hubo una transgresión y esta falta no podía venir más que de Moctezuma. De ahí estas acusaciones repetidas de orgullo desmesurado, de desprecio hacia todos, de embriaguez que sustrae al Emperador de la realidad, y sobre todo, esta afirmación según la cual “ha querido hacerse más grande que el dios mismo que ha determinado estas cosas”.

Las fuentes que narran los tres episodios precedentes derivan todas de una crónica perdida, *la Crónica X*, redactada en náhuatl en los años 1535 a 1540, probablemente. En relación con otros documentos que nos informan sobre Moctezuma, tienen la particularidad de atribuirle toda una serie de reformas notables. Desde su advenimiento casi, el Emperador alejó de su palacio a todas las personas que no fueran de origen noble y sobre todo se hizo adorar igual que un dios. Se duda de estas reformas ya que aparentemente tienen como principal función mostrar la soberbia del soberano y justificar las catástrofes que se abatirían sobre él y sobre lo que representaba, el imperio azteca.

²⁹ Durán, *op. cit.*, tomo II, pp. 493-7; Tezozómoc, *op. cit.*, pp. 67 1-81; Sahagún en Seler, *Einige Kapitel...*, pp. 474-5 se limita a señalar el deseo de Moctezuma de huir a Cinalco.

Cuando la pequeña armada de Cortés estaba ya muy próxima al Valle de México, el emperador hizo una última tentativa para detenerlo. Despachó contra ella sus magos y brujos. Pero en el camino encontraron un borracho de Chalco que los apostrofó: “¿qué vienen a hacer aquí, una vez más? ¿Qué quieren todavía? ¿Qué quiere Moctezuma? ¿Acaso retomó sus sentidos? ¿Aún continúa siendo presa de sus terribles angustias? Pues eligió muy mal, abandonó al hombre del pueblo, destruyó al señor, hendió la cabeza de la gente, se ha burlado de la gente, se ha reído de la gente”. Después, cada vez más furioso. “¿Por qué pues en vano vinieron ustedes aquí? Nunca más habrá México. Con todo esto que llega ¡está ya completamente pasado! ¡Váyanse! ¡Fuera de aquí! ¡No se queden aquí! ¡Vuelvan atrás! Miren México lo que ya sucede, como sucede ya”. Los magos se dieron la vuelta y vieron toda la ciudad en llamas, “como si ya se hubiera combatido”. Y comprendieron que el borracho no era otro que Tezcatlipoca.³⁰

Las apariciones del espejo humeante bajo formas diversas eran frecuente y generalmente de malos augurios. Tan pronto se producían en la noche con el aspecto de un hombre sin cabeza cuyo pecho descubierto se abría y se cerraba haciendo un ruido de hacha, tan pronto como un paquete de cenizas que rodaba por tierra y aun tomaba la forma de un turón o de una enana, o de una cabeza de muerto que daba saltos.³¹ Pero esta vez su aparición no tiene nada de espectacular. No es más que un chalca —pero ya sabemos que Chalco es el “lugar al borde del abismo”—. No es más que un borracho —pero Quetzalcóatl en el fin de Tula estaba ebrio también, y que podemos decir de Tezcatlipoca—. Estaba furibundo pero tenía todas las razones para estarlo: acababa de anunciar la muerte de su Sol. Y si su era acababa, si el debía huir una vez más ante su enemigo era por la falta de Moctezuma, por su desprecio de los humildes, por su orgullo incommensurable.

³⁰ Sahagún en Seler, *Einige Kapitel...*, pp. 482-3.

³¹ *Ibidem*, libro V.